

## **Título: El unilateralismo en la política exterior de EE.UU. y su impacto en las relaciones con Cuba (1989-2025).**

**Autor: Msc. Dino Amador Allende González.**

### **Introducción**

El unilateralismo como tendencia en la política exterior de EE.UU. se desarrolla desde los inicios de la última década del siglo XX, si bien es necesario puntualizar que las condiciones para su irrupción en ese momento se fueron conformando en el transcurso del siglo XX, tras el final de la Primera Guerra Mundial. A lo largo de esa centuria, los principales antecedentes de lo que a fin de cuentas se identifica en este texto como unilateralismo en política exterior de los EE.UU. serían los presidentes Thomas W. Wilson (1913-1921), Franklin D. Roosevelt (1933-1945) y John F. Kennedy (1961-1963), que durante sus períodos gubernamentales desarrollaron una política exterior dirigida a potenciar el rol de los EE.UU. como un factor determinante dentro del escenario internacional (Moniz Bandeira, 2010; Arboleya, 2005; Arboleya, 2008).

La base sobre la cual puede ser funcional el unilateralismo como tendencia de la política exterior de los EE.UU. desde hace más de 30 años tiene como base el hecho de constituir un modo de actuación que pretende controlar y someter al resto del mundo desde un actor internacional, que a su vez posee la capacidad de asumir en el actual escenario roles propios de una hiperpotencia, expresados en las siguientes variables: Presencia determinante en el mundo económico y financiero mundial; peso político en los principales organismos internacionales donde además predomina un sistema mundo con un orden social básicamente unipolar –en este caso un capitalismo globalizado neoliberal– que pareciera representar una suerte de “americanización”, destinada a ser implementada en multitud de países independientemente de su nivel de desarrollo; el hecho de ser la principal potencia militar del mundo, expresada no solo desde su potencial bélico sino sobre todo por el carácter universal con que se ha concebido y llevado a la práctica el despliegue de sus fuerzas armadas en el resto del planeta, ya sea mediante los Comandos Combatientes Unificados como a través de las misiones, enclaves y bases militares ubicadas en más de un centenar de países, al tiempo que estas condiciones están avaladas por el hecho de que este país es el de mayor presupuesto militar en el mundo; así como también haberse constituido referente mundial en materia cultural e ideológica, entendido también como “el dominio de lo simbólico, que le da acceso a lo que Max Weber denomina la “dominación carismática”” (Ramonet, 2006: p. 29).

Las dos tendencias en que se expresa este unilateralismo son hegemónico e imperial. En el primer caso su génesis tuvo como contexto el mandato de George H. W. Bush y los dos períodos presidenciales de Bill Clinton, se caracterizó por la implementación de un conjunto de acciones destinadas a

fortalecer y consolidar mecanismos de corte político con énfasis en la diplomacia, el uso de la fuerza militar en situaciones específicas o la combinación de ambas fórmulas, la utilización de organismos internacionales que avalaran sus decisiones de política exterior como la Organización de las Naciones Unidas (ONU), particularmente su Consejo de Seguridad (CS), amén de otras que fueron creadas durante la Guerra Fría en función de promover y desarrollar sus intereses en el escenario mundial entre las que sobresalen dos ejemplos: La Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y las estructuras que conforman el sistema interamericano, tanto las existentes desde los años posteriores al fin de la Segunda Guerra Mundial como las que surgieron durante los años 90 del siglo XX, pero que en la práctica también pueden interpretarse como una manera de “dar concesiones a sus aliados sin perder el control de las situaciones” (Alzugaray, 2004). Por su parte, el unilateralismo imperial comenzó su trayectoria en los dos mandatos de George W. Bush y en ese momento tuvo como principales rasgos la presentación de pronunciamientos definitivos y hechos consumados tanto en sus planteamientos oficiales a nivel ejecutivo como en el seno de los organismos internacionales, que en ocasiones adquirieron la forma de verdaderos *ultimatum* al resto del mundo; amén de una marcada preferencia por el uso de la fuerza como recurso supremo para consolidar una posición dentro del conjunto de las relaciones internacionales, expresada desde una manera de “seguritizar la seguridad de EE.UU. según sus intereses” (Alzugaray, 2004). Posteriormente, Donald Trump asumió en sus cuatro años de gobierno (2017-2021) una postura que en esencia lo identifica con el unilateralismo imperial, si bien esa actuación estuvo matizada por determinadas particularidades.

Resulta significativo el hecho de que desde los inicios de la década del noventa en el pasado siglo XX, a la par que los EE.UU. desplegaban en su accionar de política exterior prácticas unilaterales, la retórica de los actores encargados de poner en marcha las prioridades de política exterior de dicho país, insistieran en denominar esa forma de actuación con términos tales como "multilateralismo" e "Internacionalismo práctico" (Gardner, 1994: p. 76). Por otra parte, en los debates sobre estos temas hay autores que han considerado como válida la existencia del multilateralismo, vista como una “práctica de coordinación política por tres o más Estados, con uno de ellos como Hegemón” (Alzugaray, 2004).

A través de este trabajo se intentará hacer un análisis sobre las posiciones asumidas por los gobiernos de George H. W. Bush (1989-1993), William Clinton (1993-2001), George W. Bush (2001-2008), Barack H. Obama (2008-2017), Donald J. Trump (2017-2021) y el período presidencial de Joseph R. Biden (2021-2025) en el terreno de las relaciones internacionales y su impacto en el devenir de las relaciones entre Cuba y los EE.UU., tomando como punto de partida la prevalencia en el enfoque estadounidense de política exterior de una tendencia hacia el unilateralismo, priorizando dentro de esta forma de actuación las coincidencias en lo referido al objetivo estratégico de provocar la

caída de la Revolución Cubana mediante lo que se llamó “cambio de régimen”, así como las causas del giro táctico acontecido durante el segundo período de gobierno de Obama, el desarrollo de la política de máxima presión bajo el mandato de Donald Trump y la persistencia de esa línea durante la administración de Joe Biden. Asimismo, a lo largo del trabajo se podrá observar la interrelación entre el tema central del mismo –las relaciones entre EE.UU y Cuba– con el contexto internacional y latinoamericano a lo largo de las más de tres décadas que abarca el período objeto de análisis.

### **El unilateralismo en la política exterior de EE.UU. y su impacto en las relaciones con Cuba (1989-2024).**

Los tres últimos lustros del siglo XX fueron protagonistas de un proceso de cambios en las relaciones internacionales, cuyas consecuencias derivaron en la desaparición del campo socialista en Europa del Este; el retroceso e incluso la derrota de varios procesos progresistas en América Latina y otras regiones del llamado Tercer Mundo; así como lo que a fin de cuentas resultó ser el acontecimiento más importante de finales del siglo XX: el declive de la Unión Soviética como potencia de primer orden a nivel mundial y su posterior desmembramiento, lo que finalmente posibilitó el establecimiento en la mayor parte del planeta de un orden social básicamente unipolar.

En el caso de la región latinoamericana y como parte de esta situación se produjo a partir de 1989 la llegada al gobierno en varios países importantes del área –Argentina, México, Perú y Venezuela, entre otros– de presidentes que impusieron agendas neoliberales en sus estados; en 1990 el Frente Sandinista de Liberación Nacional en Nicaragua (FSLN) era derrotado en las elecciones presidenciales frente a la denominada Unión Nacional Opositora (UNO) representada por Violeta Chamorro y a partir de ese momento dicho país atravesaría durante más de 15 años por diferentes gobiernos que impulsarían políticas neoliberales e incluso de apoyo a EE.UU. en misiones militares como la acontecida en Iraq a partir de la invasión de 2003. A su vez, en El Salvador y Guatemala las organizaciones guerrilleras iniciaban procesos de negociación y desarme con los gobiernos de sus países; en 1989 y 1990 terminaban las dictaduras de Alfredo Stroessner y Augusto Pinochet en Paraguay y Chile respectivamente, con lo que se completaba un proceso iniciado a finales de los años 70 y desarrollado a lo largo de la década siguiente, “momento en el que varios estados latinoamericanos comenzaron a avanzar resueltamente por el sendero de la democratización”, si bien tal y como se expresó al inicio de este párrafo el rumbo neoliberal de estos mostraba que “en nuestros países la democracia no ha sido capaz de producir los bienes públicos que la sociedad esperaba” (Borón, 2000: p. 149).

Para Cuba, que durante las tres primeras décadas del proceso revolucionario había logrado no solo resistir a la política agresiva estadounidense, sino también “promover el desarrollo económico y científico del país, así como

satisfacer las necesidades de vida de la población y contribuir al mejoramiento de la calidad de vida en muchos aspectos”, la desaparición del campo socialista y posteriormente de la URSS, con quienes sostenía más del 80% de sus relaciones económicas “puso en duda la capacidad de mantener estos logros, incluso la supervivencia del socialismo en un país pequeño y pobre, asediado además por la potencia destinada a ejercer un dominio unipolar en la posguerra fría” (Arboleya, 2008: pp. 199 y 200). De hecho, durante los años de mandato de George H. W. Bush y William Clinton la Isla vio nacer nuevos instrumentos que reforzaban la extraterritorialidad de las sanciones económico-financieras estadounidenses, mediante leyes como la Torricelli y Helms-Burton (1992 y 1996 respectivamente), a la par que se reforzaban instrumentos de condena internacional a Cuba desarrollados bajo la presidencia de Ronald Reagan, de ahí que durante esa década y los primeros años del siglo XXI, sería condenada sistemáticamente por la hoy desaparecida Comisión de Derechos Humanos de la ONU en Ginebra, a instancias y con la conducción de los EE.UU., bajo la acusación de violar supuestamente los derechos humanos de sus ciudadanos.

Eso también explica que como parte del aislamiento promovido contra Cuba en esos años la administración de H. W. Bush desarrollase una política hacia la región –materializada por iniciativas como el Consenso de Washington y la llamada Iniciativa para las Américas, “cuyas concepciones neoliberales se intentaron imponer en la América Latina y el Caribe con desastrosos resultados” (Sánchez Parodi, 2011: p. 203) –, en el caso de Cuba representó terminar el trabajo desarrollado por las dos administraciones de Ronald Reagan (1981-1989) en el sentido de eliminar las posibilidades para una normalización de las relaciones entre los dos países y puso más de una vez en los primeros planos la posibilidad de una agresión militar directa por parte de sus fuerzas armadas, ya fuese utilizando como elemento para el desencadenamiento de la misma la Base Naval de Guantánamo, así como también el conjunto de maniobras militares que se realizaban en el Caribe mediante un reforzamiento de las mismas con participación en algunos casos de medios de la OTAN y conllevaron una respuesta militar por la parte cubana a mediados de 1990, conocidas como Escudo Cubano (Rivera, 1990; pp. 1-6; Política Actual, 1990). Por su parte, bajo la batuta de Clinton y como parte de su agenda para promover el unilateralismo hegemónico en la región, sobresalieron el inicio de las Cumbres de las Américas, la primera de ellas celebrada en Miami (1994) con la asistencia de todos los presidentes latinoamericanos y caribeños, así como los primeros pasos para la concreción del Acuerdo de Libre Comercio para las Américas (ALCA), en ambos casos con la expresa exclusión de Cuba; así como el desencadenamiento en agosto de 1994 de una nueva crisis migratoria entre los dos países, que finalmente obligó a dicha administración a negociar entre septiembre de ese año y mayo de 1995 una serie de acuerdos que de cierta manera pretendían normalizar la situación de los “balseros” –

migrantes cubanos retenidos en la Base Naval de Guantánamo— e implicó por parte del gobierno de Clinton el compromiso norteamericano de no permitir la inmigración ilegal de cubanos a su territorio, si bien esto tuvo altibajos en su cumplimiento, amén de que no variaba la vigencia y aplicación de la Ley de Ajuste Cubano (1966) (Arboleya, 2008; p. 201; Sánchez Parodi, 2011; p. 207). Además, según lo expresado por fuentes norteamericanas, como parte de esta negociación se estableció una suerte de “*modus vivendi* en torno al uso de la base naval cerca de Guantánamo como prisión de migrantes, cooperación entre militares de ambos países en el entorno de la base, entre guardacostas estadounidenses y guardafronteras cubanos para impedir la migración no autorizada e impedir el narcotráfico” (Leogrande y Kornbluh, 2016: p. XVI). Por último, durante la última etapa del segundo mandato de Clinton se anunciaron un conjunto de medidas para presuntamente promover los contactos pueblo a pueblo entre ambos países, pero que de acuerdo con fuentes cubanas fue una reacción “tardía, insuficiente y engañosa porque en nada variaba el objetivo de desestabilizar la sociedad cubana que está en la base de la política del gobierno norteamericano y refrendado por las leyes Torricelli y Helms-Burton” (Sánchez Parodi, 2011; p. 212); mientras que en el último año de mandato de Clinton se desarrollaba la batalla por el regreso a Cuba del niño Elián González, “un bello episodio de solidaridad entre cubanos y norteamericanos”, donde “la administración y los tribunales norteamericanos, después de someter a las más difíciles pruebas tanto a su padre como a sus demás familiares en Cuba, debieron rendirse ante el persistente reclamo y permitir el 28 de junio de 2000 el regreso de Elián, aún cuando para ello tuvieron que enfrentarse a los elementos mafiosos anticubanos en Miami” (Sánchez Parodi, 2011; pp. 211 y 212).

La llegada de George W. Bush a la Casa Blanca en 2001, quien protagonizó un fraude electoral que demoró más de un mes los resultados electorales, hasta que finalmente la Corte Suprema decidió darle la victoria a costa del candidato demócrata y vicepresidente Albert Gore, puso en primer plano al unilateralismo en su vertiente imperial. El catalizador y pivote fundamental de su política exterior lo constituyeron las acciones terroristas del 11 de septiembre de 2001 contra las Torres Gemelas de Nueva York y El Pentágono en Washington. No fue casual el hecho de que, sin haber transcurrido 48 horas de dichos atentados, el presidente proclamase el inicio de una “guerra contra el terrorismo” a la par que conminaba al mundo para una definición en el sentido de estar a favor de EE.UU. o de los terroristas; posturas que luego serían potenciadas en sus discursos sobre el estado de la Unión y ante los egresados de la academia militar de West Point durante enero y junio de 2002 respectivamente. A esto se sumó la publicación en septiembre de ese año de la *Estrategia de Seguridad Nacional (The National Strategy of the United States of America)*, documento fundamental para entender la doctrina militar llevada a cabo por los sectores neoconservadores representados en esta administración

republicana, refrendada en su segundo período de gobierno a través de su *Estrategia de Defensa Nacional* de 2005, así como en la nueva versión de la *Estrategia de Seguridad Nacional*, publicada en el primer trimestre del año siguiente.

En el terreno práctico, los ejemplos más notables fueron las invasiones a Afganistán e Iraq en 2001 y 2003 respectivamente. En estos casos se logró derrocar a los regímenes existentes en esos países, pero ambas intervenciones derivaron hacia guerras que virtualmente empantanaron a las fuerzas del Pentágono dislocadas en el terreno, de hecho terminaron en sendos fracasos político-militares y la impronta de estos conflictos fue heredada por las administraciones que le sucedieron. También en el plano interno los resultados de esta política incidieron negativamente y esta situación de incertidumbre militar, sobre todo en el escenario iraquí, se reflejó en un incremento sostenido del número de bajas mortales entre las fuerzas estadounidenses, que hacia finales de 2007 superaba los 3 800 soldados, así como decenas de miles de heridos, según cifras oficiales (Wikipedia, 2024).

En el escenario internacional, estas guerras fueron un elemento que contribuyó a proyectar una imagen negativa de los EE.UU. como país, al punto de que, para gran parte del mundo, la denominada “guerra contra el terrorismo” representó ante todo un factor de inseguridad para el mundo, de ahí que no resultó casual el que países como España y Gran Bretaña, en su momento partícipes de la política de W. Bush con relación a la aventura iraquí, fueran blanco de acciones terroristas dentro de su territorio. También la India y otros países asiáticos sufrieron ataques que de una forma u otra se relacionaban con la reacción de grupos fundamentalistas islámicos, a lo que se sumó la permanente violencia imperante en Afganistán. Finalmente, los últimos momentos de W. Bush en la presidencia fueron marcados de manera muy evidente por las primeras manifestaciones de la crisis que azota al sistema capitalista desde finales del 2007 y a lo largo de 2008, lo que indudablemente hundió aún más la gestión de su gobierno.

Las dos administraciones de W. Bush enfrentaron un escenario internacional muy complejo, pues durante la primera década del siglo XXI fue testigo del ascenso de China como principal actor en el terreno económico y comercial a nivel mundial, mientras Rusia iniciaba una gradual pero sostenida recuperación de su rol económico y sobre todo político-militar. Serían estos dos estados parte del eje sobre el que se fue vertebrando el grupo de los BRICS (formado además por Brasil, India y Sudáfrica); Irán continuó manteniendo una línea de ascenso como potencia regional al tiempo que desarrollaba un amplio programa nuclear con fines pacíficos; mientras América Latina y el Caribe comenzaron a ser el contexto de un importante proceso de cambios socio-políticos, con influencia en el tema de las relaciones económicas regionales. De tal manera, hacia mediados de la primera década del presente siglo en dicha región existían gobiernos como el de Hugo Chávez en Venezuela, Bolivia con Evo Morales, Rafael Correa en Ecuador y Daniel Ortega en Nicaragua con posiciones de izquierda; mientras Brasil, Argentina y Uruguay tenían gobiernos

progresistas, si bien estos últimos no tenían el mismo nivel contestatario que los mencionados. Además, en la Cumbre de las Américas de Mar del Plata (2005) la posición de los gobiernos de Brasil y sobre todo de Argentina y Venezuela colocó al mecanismo de estos cónclaves en un *impasse* que pareció cancelar esta alternativa para una realización futura. Por si fuera poco, esta reunión representó en la práctica el naufragio definitivo del ALCA como vía expedita para el control hegemónico de las economías latinoamericanas y obligó a EE.UU. a tener que utilizar como medio más efectivo el sistema de tratados de Libre Comercio (TLC), a lo que agregó el fracaso del recrudecimiento de la política agresiva hacia la Revolución Cubana.

Respecto a su política hacia Cuba esta tuvo desde sus momentos iniciales un incremento del respaldo a los diversos grupos de la contrarrevolución interna, principalmente a través de la Sección de Intereses de EE.UU. en Cuba (SINA) que fue develado tempranamente por los medios gubernamentales y de seguridad cubanos (Baez; y Elizalde, 2003), mientras que a raíz de la invasión y ocupación de Iraq en 2003 coincidiendo con una escalada de promoción de desestabilización interna hacia la Isla, se hiciera notorio dentro de los círculos contrarrevolucionarios asentados en Miami el slogan de “¡Hoy Iraq, mañana Cuba!”, en un contexto donde desde fuentes consultadas se plantea que justo en esos momentos hubo cierta propensión por parte del gobierno de W. Bush a considerar la opción del uso de la fuerza hacia la mayor de las Antillas (Sánchez Parodi, 2011: p. 218; Leogrande y Kornbluh, 2016: p. 335). Posteriormente, a partir de mediados de 2004 en medio de un endurecimiento de las políticas agresivas que tuvo su génesis desde diciembre del 2003 y será analizado más adelante, oficiales de la CIA y un grupo de funcionarios estadounidenses reunidos en La Habana con un selecto grupo de sus agentes radicados en Cuba, tras considerar que “la política que habían seguido de mano dura hacia Cuba había fracasado, que era imposible acabar con la Revolución Cubana de esa manera, y que había que pensar en una nueva estrategia que tuviera como fundamento la seducción y la guerra cultural”, asumían que “para lograr tener éxito, en un plazo de 10 a 15 años debían lograr en Cuba una masa crítica que no viera en la Revolución la solución a sus problemas y que comenzara a ver el capitalismo como esa solución” (Capote, 2021; p. 118).

No obstante, entre todos los pasos dados por el gobierno de W. Bush en sus ocho años de mandato y que incluyeron desde el incremento de la retórica anticubana hasta la ampliación del plazo de visitas a Cuba de uno a tres años, así como la peculiar interpretación del concepto de familia que fue reducido artificialmente “a los familiares en primer grado de consanguinidad” (Arbolea, 2008: p. 211); sobresale la historia de la llamada “Comisión para Ayudar a una Cuba Libre” (2003), cuyo primer informe, “Plan para la Transición Democrática de Cuba” fue rendido al presidente en mayo de 2004, conocido también como “Plan Bush I” –dos años más tarde se daría a conocer un segundo informe que en esencia ratificaba lo planteado en la primera versión–, proponía actuar en seis áreas: “promover la “disidencia”; intensificar las transmisiones radiales y televisivas ilegales a Cuba; estrangular la economía cubana; propagandizar la supuesta amenaza militar de Cuba; incrementar las campañas internacionales para desprestigiar al gobierno de Cuba y, eventualmente, la ocupación del

país” (Sánchez Parodi, 2011: p. 217). Asimismo se consideraba que tras el derrocamiento del gobierno cubano dicha Comisión “se encargaría del proceso de privatización, de dismantelar el sistema de bienestar social, perseguir y sancionar a los revolucionarios hasta en los lugares donde residan y organizar los cuerpos represivos”, lo que mostraba que el patrón tomado como aplicable sería el implementado en Afganistán e Iraq y no un “tránsito pacífico hacia la democracia”, al extremo de que en una parte del texto se planteó “un proyecto para la adopción de niños, que induce a pensar que está previsto la eliminación previa de sus padres” (Arboleya, 2008: p. 212). Finalmente, para enfatizar “la intención agresiva del documento, contraria a toda norma del derecho internacional y de las relaciones entre naciones, el informe contenía, según las autoridades norteamericanas, una parte “secreta”, no se sabe si para cumplir propósitos de guerra psicológica o para ocultar un nuevo plan norteamericano para invadir a Cuba y ocupar su territorio” (Sánchez Parodi, 2011: p. 216).

El segundo momento del unilateralismo en su versión hegemónica tuvo como escenario las dos administraciones de Barack Obama (2009-2017). Este heredaba un país inmerso en una crisis económico-financiera de carácter global donde los EE.UU. tenía desde mediados del 2007 papeles protagónicos, así como un entorno social interno sumamente explosivo, pero además recogía la cosecha de una política exterior cuestionada en el mundo por su carácter imperial, de ahí que desde los momentos previos a la campaña electoral el tema fuese incluido en sus intervenciones con un enfoque que, en esencia, pretendió restablecer el unilateralismo hegemónico estadounidense en el plano de las relaciones internacionales (Obama, 2007: p. 59). Tuvo que lidiar con escenarios internacionales muy complejos, donde sobresalieron, entre otras cuestiones, la necesidad de recuperar la influencia nortea en el Medio Oriente, seriamente afectada por el desarrollo de la guerra en Iraq desde 2003; restablecer el nivel de legitimidad en sus relaciones con América Latina y el Caribe, fuertemente dañado por diferentes problemáticas que iban desde la política seguida por los EE.UU. con relación a Cuba durante los cincuenta años de proceso revolucionario y que a esas alturas era un evidente fracaso; la situación de los procesos de cambio e integración latinoamericana; así como otros temas de carácter más global, relacionados sobre todo con el ya mencionado ascenso de China y la recuperación de Rusia.

Respecto a la política hacia América Latina durante sus dos administraciones, Obama desarrolló una política que en esencia buscó restablecer un estatus más favorable a los intereses norteamericanos en el área, recuperando las funciones del sistema interamericano (OEA, Cumbres de las Américas, la denominada *Carta Democrática*) y propiciando escenarios donde los cambios dentro de los sistemas en países con gobiernos contestatarios e incluso progresistas menos radicales fueran realizados desde las estructuras de poder nativas con un fuerte apoyo de su administración, los poderes mediáticos internacionales y en determinados casos por sus aliados de la Unión Europea (UE). De tal manera, apoyó la expulsión ilegítima de los presidentes de Honduras Manuel Zelaya (2009), Fernando Lugo en Paraguay (2012) y Dilma Rouseff de Brasil (2016); en 2015 emitió una directiva en la que planteaba que Venezuela representaba una amenaza para la Seguridad Nacional de EE.UU. con lo cual dio continuidad a la política de su predecesor al apoyar a la

oposición venezolana, sobre todo a raíz del fallecimiento de Hugo Chávez en 2013; de ahí que se puede afirmar que contra el actual presidente de Venezuela, Nicolás Maduro Moros, se siguió la misma política agresiva que en los tiempos de Chávez, pero a un nivel mucho más amplio por su envergadura.

Referente a la política hacia Cuba, sus declaraciones en diciembre de 2014 de manera simultánea junto al presidente de Cuba, General de Ejército Raúl Castro Ruz y su decisión de restablecer las relaciones diplomáticas entre ambos países en 2015 implicó un reconocimiento al gobierno de Cuba e implícitamente a la resistencia del proceso revolucionario cubano frente a una política muy agresiva por parte de las élites de poder de EE.UU. durante más de cincuenta años y puede verse no solo como una vía diferente para lograr los objetivos de promover un cambio de régimen en la Isla, sino también en el sentido de que cuando se practica una política de respeto entre ambas partes y se actúa civilizadamente pueden establecerse canales de comunicación para resolver determinadas diferencias. A partir de estos hechos se abrieron las puertas “a un ciclo de negociaciones sin precedentes en las relaciones bilaterales, teniendo en cuenta la diversidad de temas discutidos y la cantidad de acuerdos (23) alcanzados” (Cabañas, 2021: p. 155), al punto de valorar la importancia de este proceso bajo una perspectiva donde “los acuerdos alcanzados y toda la documentación generada alrededor del proceso constituyen una base importante a tener en cuenta para cualquier ejercicio diplomático futuro de negociación, o para fortalecer lo logrado entonces” (Cabañas, 2021: p. 157). No obstante, desde el punto de vista estratégico, buscó que los cambios en las relaciones no implicaran un abandono de sus objetivos históricos centrales hacia Cuba, de ahí que su gobierno mostró importantes ambivalencias en sus actuaciones. Por una parte excluyó a Cuba de la arbitraria lista de países que, según EE.UU., patrocinan el terrorismo y otorgó licencias en diferentes asuntos relacionados con las relaciones entre ambos países, sobre todo en las telecomunicaciones y los viajes de ciudadanos estadounidenses a la Isla. Además, en los últimos días de su mandato, firmó con el gobierno cubano un nuevo acuerdo migratorio que constituyó “un importante paso en el avance de las relaciones bilaterales” al eliminar “la comúnmente conocida como política “pies secos-pies mojados” y el programa de admisión provisional (*parole*) para profesionales cubanos de la salud, que Washington aplicaba en terceros países”, (Granma, 2017: p.1); a lo que se agregó el voto de abstención durante la sesión de la Asamblea General de la ONU en 2016 relacionada con la votación de la resolución cubana contra el bloqueo estadounidense. Sin embargo, lo cierto es que en su esencia mantuvo la política de cambio de régimen hacia Cuba, solo que con diferentes instrumentos, y no aplicó otras medidas de carácter ejecutivo que podrían haber hecho inoperante el bloqueo. No puede olvidarse tampoco que durante sus años de gobierno las multas y penalizaciones hacia los bancos extranjeros que mantenían relaciones con Cuba alcanzaron un volumen en cifras y envergadura realmente notable.

No fue sino hasta las elecciones de noviembre de 2016, luego de la victoria de Donald Trump, que el unilateralismo en su variante imperial volvió a tomar protagonismo en la agenda en la política exterior estadounidense. Su llegada a la Casa Blanca tuvo como lógica la misma dinámica de lo acontecido en el

proceso electoral de 2008: la necesidad de buscar un cambio en la sociedad, si bien en el orden interno su actuación terminó polarizándola aún más por su apoyo abierto a las posiciones más extremas de la derecha en el país, a lo que se sumó a partir del 2020 una actuación desastrosa en el enfrentamiento a la pandemia de Covid-19 y el intento de imponer un discurso relacionado con el robo de su victoria en las elecciones presidenciales de ese mismo año por parte de los demócratas, que concluyó con su fallido apoyo al asalto del Capitolio en enero de 2021.

Un breve repaso de su actuación en política internacional mostró, entre los puntos más polémicos: retroceso en las relaciones con Cuba que, como veremos más adelante, se incrementó a partir de 2019; la amenaza del uso de la fuerza contra Venezuela; la salida de Estados Unidos del Acuerdo de París contra el cambio climático y su retirada de la UNESCO; el aumento de la escalada de tensiones con la República Popular Democrática de Corea y el anuncio del traslado de la embajada estadounidense en Israel hacia Jerusalén. Por otro lado, pretendía reducir en un 30 % el presupuesto del Departamento de Estado y aumentar en \$ 80 000 millones los gastos del sector militar y calificó de “injustos” los acuerdos firmados por sus predecesores, incluido el TLCAN. Asimismo, decidió abandonar por completo la Alianza Transpacífica, concepto estadounidense que pretendía convertirse en la mayor área de libre comercio del mundo y en su relación con América Latina se planteó como objetivo central revitalizar la vigencia de la Doctrina Monroe. Posteriormente, a los temas anteriormente mencionados se sumaron otros que de hecho fueron catalizadores de nuevas fuentes de tensión en medio de un escenario internacional cada vez más complejo y que incluyen, entre otros, la salida de EE.UU. del acuerdo alcanzado con Irán en 2015 sobre el tema de su programa nuclear; el incremento de la política hostil contra el gobierno sirio de Bashar Al Assad, donde en la práctica abrió un potencial escenario de guerra luego de efectuar ataques aéreos y lanzamiento de misiles contra posiciones militares sirias en 2017 y 2018, a lo que sumó la entrada en territorio sirio de fuerzas terrestres desde la frontera con Iraq; y sobre todo los avatares derivados de su sistemática confrontación con la República Popular China, que abarca prácticamente todos los planos que inciden en una relación bilateral: económico, científico-técnico, político, diplomático y que por momentos pareció incluir una posible complicación en el terreno militar.

La suma de estas y otras problemáticas complejizaron aún más el contexto internacional y la impronta de este mandatario constituyó un elemento que, lejos de contribuir a una solución para estos, sencillamente enrareció cualquier posibilidad de arreglos incluso por vías consensuadas. Para algunos analistas esta postura pareció suponer una vuelta a las viejas posiciones del aislacionismo estadounidense, pero más allá de la opinión con respecto a Trump y la manera de concebir a su país como el centro del mundo, lo cierto es que imaginar el mundo actual sin la actuación de EE.UU., tal y como lo conocemos, sería como concebir que la sociedad capitalista del siglo XXI pueda renovarse poniendo en práctica de manera literal los postulados de la Declaración de los Derechos del Hombre enarbolados durante la Revolución francesa de 1789, de ahí que, si tratáramos de identificar a este mandatario dentro de una de las tendencias del unilateralismo, habría que calificarlo de

imperial, pero con una interpretación muy particular de ella, debido sobre todo a lo imprevisible de su discurso político y actuación práctica.

Su actuación hacia Cuba no puede verse ajena al incremento de las políticas agresivas hacia otros países latinoamericanos con gobiernos cuyas posiciones eran contrarias a la Casa Blanca, tales serían los casos de Nicaragua, Venezuela y Bolivia entre 2018 y 2020, si bien en el caso cubano la fuerza que tuvieron los acuerdos alcanzados entre ambos países durante el segundo mandato de Obama radicó en que la inercia de estos en la relación bilateral se mantuvo incluso más allá de la fecha en que la administración de Donald Trump anunció de forma oficial la reversión de las políticas aprobadas con relación a Cuba (junio de 2017) y no fue sino hasta 2019 que dicho presidente articuló de manera contundente las más de 240 medidas dirigidas a lograr la asfixia de la Revolución cubana en todos los órdenes.

En el caso de Cuba Trump no solo optó por retomar la metodología de máxima agresividad seguida por la mayor parte de sus predecesores en la presidencia, sino que en el afán de revertir lo que se había conseguido en los vínculos bilaterales durante los años de Obama, llegó al extremo de activar a mediados de 2019 el capítulo III de la Ley Helms-Burton (1996), relativo al tratamiento que recibirían quienes inviertan en propiedades estadounidenses nacionalizadas por la Revolución a inicios de los 60; y que no habían entrado en vigor debido a que por su carácter marcadamente extraterritorial se conocía serían fuente de conflicto con empresas extranjeras que han invertido en Cuba, en particular de países miembros de la UE. A su vez, durante ese año y los primeros meses del 2020 fueron interrumpidos los viajes de embarcaciones norteamericanas a Cuba –incluyendo en este grupo las rutas de cruceros a la Isla-, así como los vuelos *charter* y la mayor parte de los comerciales hacia aeropuertos cubanos, con excepción del Internacional José Martí de La Habana; a lo que se sumó una creciente campaña de desprestigio de la colaboración médica cubana en el mundo, dirigida a provocar la interrupción de la misma, incluso en medio de la emergencia sanitaria internacional con motivo de la epidemia de Covid-19.

De acuerdo con fuentes oficiales cubanas, con relación a la política del gobierno de Trump hacia la mayor de las Antillas y tomando como referencia el período comprendido entre abril de 2018 y marzo de 2019, se ha documentado que “el bloqueo ha causado pérdidas a Cuba en el orden de los 4 mil 343, 6 millones de dólares”, cifra en la que no se incluyeron los efectos de su recrudescimiento a partir de septiembre de 2019 y durante el tiempo transcurrido del 2020 (MINREX, 2019: p. 5). Según el Presidente cubano Miguel Díaz-Canel Bermúdez: “Solo en los años 2019 y 2020 se aplicaron contra nuestra nación más de 130 medidas con el deliberado propósito de asfixiar la economía, crear descontento y desesperación en la población y culpar de todas nuestras dificultades a la supuesta ineficiencia del modelo económico cubano” (Díaz-Canel Bermúdez, 2020: p. 2).

No obstante, el incremento de la agresividad hacia Cuba por parte del gobierno de Trump en la práctica propició un contexto donde la mayor parte de la población asumió su actuación como un elemento nocivo y tóxico en la relación

entre los dos países. Es así que, por una parte se creó un consenso donde si bien la sociedad cubana no constituye desde los años 90 del pasado siglo un conjunto monolítico en sus miradas al futuro económico y social de la Isla, esta percepción es “real en buena medida para lo referido a la defensa frente a la agresión externa” (Arbolea, 2008: p. 190); mientras que por otro lado la máxima dirección del país se planteó continuar la política de cambios necesarios para seguir potenciando el desarrollo de un modelo económico y social cubano sustentable e inclusivo, en medio de un escenario mundial muy complejo, que se agravó debido a los efectos de la crisis sanitaria provocada por la Covid-19, a partir de promover desde disímiles formas la participación del pueblo en los diferentes renglones que abarcan los cambios y en el caso del enfrentamiento a la pandemia reflejó sin dudas resultados importantes no solo a nivel interno, sino también en su colaboración con buena parte del mundo para enfrentar el flagelo.

Tras la llegada de Joseph R. Biden a la presidencia de EE.UU. el 20 de enero de 2021 gracias a la obtención de un número mayor de votos electorales –con una cifra incluso superior a los necesarios para validar el triunfo–, así como un numeroso voto popular superior a los 80 millones y el respaldo de la mayoría de los medios de comunicación, se abrió un escenario sumamente complejo tanto hacia la dinámica interna estadounidense como en sus relaciones internacionales. En ese sentido y según el criterio expresado por fuentes que desde el campo de la academia han seguido de forma sistemática la realidad estadounidense durante las últimas décadas: “Biden obtuvo el triunfo y Trump no consiguió la reelección. La nación está dividida ante un abanico de asuntos: empleo, inestabilidad económica, impuestos, inmigrantes, armas de fuego, seguridad ciudadana, violencia, medioambiente, discriminación racial y política exterior” (Hernández Martínez, 2020). De lo expresado, se puede inferir que su paso por la presidencia atravesaría un escenario donde el contexto interno tan polarizado, caracterizado por la evidencia de “una ideología liberal agotada y un conservadurismo en ascenso, con ribetes fascistas” constituye un factor muy sensible a la hora de intentar analizar y medir los efectos de dicha gestión ejecutiva, por lo que no resultaba difícil predecir en aquel momento que “Biden tiene ante sí conflictos que difícilmente podrá solucionar con acciones como las contenidas en la plataforma demócrata, o con las intenciones planteadas en el discurso que pronunció al conocer su victoria, en el cual expresó que se había postulado para «restaurar el alma de la nación»” (Hernández Martínez, 2020).

En el campo de las relaciones internacionales, su actuación estuvo marcada entre una retórica que intentó recuperar el discurso propio de los mandatarios que postulan posiciones propias del unilateralismo en su variante hegemónica, con una actuación que en algunos casos pretendió proyectarse como imperial; pero que sin embargo resultó contradictoria en alcances y resultados. Entre los ejemplos que avalan este criterio aparece la manera en que Estados Unidos cerró sus dos décadas de intervención militar en Afganistán, a mediados del 2021, que puede considerarse como la primera crisis que enfrentó esta administración en política exterior con un desenlace vergonzoso por la salida intempestuosa y desorganizada de las fuerzas armadas estadounidenses el 31 de agosto de ese año.

Asimismo, la continuidad a una línea de política exterior que tiene como uno de sus ejes básicos frenar la influencia de China en el mundo, no solo en el plano económico y comercial, sino también en materia político-militar e incluye dentro de este último aspecto el tratamiento al tema de Taiwán; el reforzamiento de vínculos con aliados tradicionales en la región –Japón, Filipinas y Corea del Sur, que en este caso también implica un aumento de las tensiones con Corea del Norte– y la creación de nuevas alianzas, como la que se vislumbra a través del llamado AUKUS (2021) entre Estados Unidos, Australia y Reino Unido; el hecho de que desde finales de ese mismo año y sobre todo a partir del inicio de la operación militar especial de Rusia en Ucrania, fundamentalmente en la zona del Donbass (febrero de 2022), esta administración demócrata haya sido el actor principal en el apoyo recibido por el gobierno ucraniano durante el enfrentamiento bélico, al tiempo que resulta elemento aglutinador del apoyo que recibe Kiev principalmente a través de la OTAN y la UE, situación que a fin de cuentas determina un debilitamiento notable de esta última organización (Cubadebate, 2024); y más recientemente respecto a lo que acontece en el conflicto israelo-palestino desde los primeros días de octubre del 2023, la posición oficial de la administración Biden ha estado marcada por el apoyo político-militar y diplomático a las acciones militares de Israel contra la población palestina en Gaza y su veto como miembro permanente del CS de la ONU en la mayor parte de las reuniones donde se ha tocado dicho tema ha sido determinante para que esta instancia no haya podido aprobar una resolución capaz de poner un alto al fuego de forma permanente a los combates, así como garantizar la entrada estable de asistencia humanitaria y ni siquiera lograr una protección para las agencias y el personal de la ONU destacados en Gaza, que a su vez también han sido víctimas de la ofensiva israelí, a lo que se suma el mantenimiento de su apoyo al gobierno sionista tras el inicio de su escalada agresiva en El Líbano y una posible ampliación del escenario bélico debido a su política provocadora y de involucramiento militar contra la República Islámica de Irán.

Todo esto a pesar de en el caso del genocidio en Gaza gran parte de la opinión pública estadounidense ha manifestado su apoyo al cese del fuego o incluso a la causa palestina, mientras que los efectos de estos desacuerdos han alcanzado instancias oficiales norteamericanas, expresadas mediante cartas donde más de 1500 funcionarios de 40 agencias de la burocracia ejecutiva, la USAID y el Departamento de Estado protestaban por su apoyo a la guerra de Israel en Gaza, según *The New York Times* (Brooks, Cason, 2023) y recientemente afrontó una situación de protestas multitudinarias a favor de los palestinos en universidades públicas y privadas del país, donde fueron desalojados los campamentos porque promueven el “antisemitismo”, según han informado los operativos que han dejado a más de 2 500 estudiantes detenidos (Cubadebate b, 2024).

Respecto a su política hacia América Latina y El Caribe, teniendo en cuenta que si bien desde sus proyecciones de política exterior no pueden ignorarse las referencias hechas a dicha región en sus pronunciamientos públicos, lo que más resalta en este sentido ha sido sobre todo la actuación práctica de su gobierno con relación a países concretos, que en el caso de Cuba resultan

significativos por el contraste entre su discurso durante la campaña electoral y su postura una vez llegado a la Casa Blanca.

Con relación a la mayor de las Antillas, durante los momentos previos a las elecciones Biden asumió un discurso donde manifestó críticas a la posición de línea dura mantenida por su contendiente republicano Donald Trump y reiteraba su disposición a implementar una “nueva política” hacia la Isla (González Santamaría, 2021, pp. 69 y 70; González Morales, 2022, pp. 175 y 176). Sin embargo, a lo largo de su primer año de mandato se hizo evidente que los cambios se dilataban en el tiempo y hacia el mes de junio, en el contexto de la presentación de la resolución demandando el cese del bloqueo ante la Asamblea General de la ONU, el voto en contra de la delegación norteamericana mostró elementos de continuidad en su relación con Cuba. Según Juan González, devenido asesor principal para Latinoamérica del nuevo inquilino de la Casa Blanca, “Biden no es Obama y su administración no invertirá tiempo ni esfuerzos en dialogar en este momento con La Habana” (Zubizarreta, 2022, p. 45). Posteriormente, como parte de las reacciones del gobierno estadounidense tras los sucesos del 11 y 12 de julio en varias regiones de Cuba, el presidente y varias de las principales figuras de su gabinete realizaron anuncios contra el gobierno cubano, que incluyeron desde declaraciones retóricas en el sentido de identificar al país como un “Estado fallido”; la imposición de sanciones a los principales jefes del MINFAR y el MININT, así como a varios organismos de la defensa y orden interior subordinados a dichos ministerios; amén de una fuerte ofensiva de presión y chantaje hacia terceros países para lograr una declaración conjunta de condena hacia Cuba.

Se trata de una posición que básicamente se mantuvo durante el transcurso del mandato de Biden y su justificación parece estar basada en la idea de que la situación actual de la Isla resulta un escenario propicio para dar el impulso final en la caída del proyecto revolucionario establecido hace más de seis décadas mediante un proceso de implosión de este. En ese sentido también se percibió como un paso para tratar de lograr el favor de los sectores de la extrema derecha anticubana en el poder legislativo estadounidense, motivado por el afán de mantener la primacía demócrata en los comicios de medio término previstos para noviembre de 2022. Eso explica también la exclusión a Cuba por parte de su gobierno en eventos internacionales patrocinados por EE.UU., incluida la más reciente edición de la Cumbre de las Américas en Los Ángeles junto a Venezuela y Nicaragua con el argumento de que esos regímenes son antidemocráticos, pero esto a su vez generó una situación que terminó siendo el eje sobre el que se desarrollaron gran parte de las discusiones acontecidas en el encuentro. Cinco presidentes decidieron no asistir a Los Ángeles –AMLO de México, Luis Arce de Bolivia, Xiomara Castro de Honduras, Alejandro Giammattei de Guatemala y Luis Lacalle Pou de Uruguay-, siendo representados por sus ministros de relaciones exteriores. En el caso de los tres primeros la ausencia fue motivada por el tema de las exclusiones y una veintena de gobiernos manifestaron su inconformidad con la iniciativa estadounidense. De hecho, los resultados de esta Cumbre pueden ser considerados como los más intrascendentes en la historia de este tipo de cónclave para los objetivos que habitualmente persiguen los gobiernos

estadounidenses y su futuro ha quedado cuestionado y comprometido en sus posibilidades de continuidad.

De hecho, si bien en 2022 se anunciaron un conjunto de “medidas que buscan suavizar la política hacia Cuba y que suponen una marcha atrás respecto a las decisiones tomadas por el expresidente Donald Trump”, sobre todo en materia de restablecimiento de los vuelos comerciales a varias ciudades cubanas y “el apoyo a un acceso amplio a internet en la isla, así como permitir envíos de remesas a personas que no sean de la familia” (BBC, 2022), las mismas no fueron consideradas suficientemente abarcadoras por parte de las autoridades cubanas en el sentido de revertir los efectos de las políticas de máxima presión aplicadas por su predecesor y a la altura de 2024 Johana Tablada, subdirectora general de la Dirección de Estados Unidos del Ministerio de Relaciones Exteriores de Cuba en viaje de trabajo en Washington consideraba que “EEUU mantiene falta de voluntad de cambiar su política hacia Cuba”, argumentando que “no solamente el gobierno, los sectores más conservadores o más anticubanos de la sociedad estadounidense utilizan pretextos como que en Cuba hay bases militares de países extranjeros o que el Gobierno de Cuba está en un programa para enviar soldados a Ucrania”, cuestiones que consideraba falsas, así como también el “permanente engaño con el tema de los derechos humanos en el cual el Gobierno de Estados Unidos otorga un tratamiento privilegiado a aquellas personas que han sido objetivo o destinatarios de sus proyectos de financiamiento para sus programas de intervención en la política interna de Cuba” (MINREX, 2024), de ahí que concluyera sus declaraciones con la siguiente valoración:

“La política del Gobierno de Joe Biden ha seguido en esencia la política del Gobierno de Donald Trump”.

“La mayor parte o la inmensa mayoría de las medidas son de máxima presión, medidas extremas, inhumanas, dirigidas a evitar que ingresen a la economía cubana y a nuestra población fuentes para su sustento con el propósito de desestabilizar el país y de eventualmente provocar el derrocamiento de la Revolución” (MINREX), 2024).

## **Conclusiones**

A lo largo del presente texto se ha intentado realizar un análisis sobre los últimos 35 años de relaciones entre Cuba y los EE.UU. en el contexto de ser este último la principal hiperpotencia en un mundo con un devenir actual en el terreno de las relaciones internacionales muy complejo, contradictorio y peligroso, donde si bien resulta evidente la presencia de un escenario multipolar en ascenso, así como la existencia de una situación de declive para la parte estadounidense tanto hacia lo interno como en el terreno de las relaciones internacionales, dicho país mantiene y aplica en función de sus intereses un conjunto de herramientas político-financieras y militares en medio un orden social básicamente unipolar.

A lo largo de ese tiempo Cuba y EE.UU. han interactuado en sus respectivos itinerarios y en la actualidad constituyen polos opuestos dentro del panorama

mundial contemporáneo, sin dejar de tener en cuenta que en ambos países existe un sedimento que marca la relación entre ambos países desde hace más de 200 años. En el caso estadounidense, la mayor de las Antillas ha incidido tanto en el plano interno como en el de las relaciones internacionales, desde una evolución histórica que se inició como colonia británica devenida a lo largo del siglo XIX en la principal potencia de las Américas; actor más importante del sistema capitalista al término de la Segunda guerra Mundial y desde los años 90 del siglo XX una verdadera hiperpotencia. Por su parte, en el caso cubano este vínculo se hizo evidente a partir del establecimiento de una relación colonia-neocolonia-revolución socialista y se trata de un ejemplo singular de cambio social cualitativo porque ha sido el único país que ha transitado de manera exitosa ese ciclo; cualidad que convierte a Cuba en un laboratorio social de revolución anti neocolonial, ejemplo de resistencia posible en un mundo unipolar regido por el unilateralismo estadounidense; resulta en sí un resumen histórico que forma parte fundamental de los debates sobre las posibles alternativas para un mejor futuro posible y la sumatoria de estas variables le confieren al contrapunteo entre ambas formas de entender y concebir el mundo implicaciones estratégicas.

En ese sentido la llegada de Donald Trump a la Casa Blanca tras su victoria en las elecciones de noviembre de 2024 frente a la candidata demócrata Kamala Harris plantea, en primera instancia, la vuelta del unilateralismo en su variante imperial, lo que a su vez implicaría una vez más la imposición de situaciones de tensión en el terreno de las relaciones internacionales entre la nueva administración estadounidense y otros actores del tablero mundial, tal y como ha sucedido en los momentos donde esta vertiente del unilateralismo ha logrado predominio. Por su parte, para América Latina y el Caribe la presencia de Trump como mandatario constituye un serio espaldarazo al ideario expresado en la Doctrina Monroe, sobre todo por el apoyo a las fuerzas políticas de extrema derecha regionales, ya sea que se encuentren en este momento al frente del gobierno, como sucede en Argentina bajo la presidencia de Javier Milei, o en la oposición frente a gobiernos progresistas y contestatarios a EE.UU., como sucede en Brasil y Venezuela con los gobiernos de Luis Inacio Lula da Silva en Brasil y Nicolás Maduro en Venezuela respectivamente.

En el caso específico de Cuba, un segundo mandato de Donald Trump y el nombramiento del senador Marco Rubio como Secretario de Estado, abiertamente opuesto a cualquier medida que implique un escenario de menos tensión en la relación bilateral, en primera instancia representa la permanencia del legado dejado por este mandatario durante su primer período hacia la mayor de las Antillas, lo que a su vez deja en suspenso el muestrario de nuevas sanciones hacia Cuba, toda vez que entre 2017 y 2021 los pasos dados hacia la Isla implicaron un reforzamiento de la política agresiva que no había sido aplicado por ninguna de las administraciones norteamericanas analizadas en el período estudiado en este texto, ni siquiera durante los momentos en que EE.UU. gozó de una posición privilegiada para maximizar su política exterior unilateral.

Mientras que la opción hacia Cuba desde las élites de poder norteamericanas está en la destrucción total del orden establecido en la Isla donde actualmente predominan tres direcciones de actuación centradas en el recrudecimiento de la guerra económica, el apoyo a la subversión cubana tanto en el exterior como la que existe dentro de la Isla y una campaña mediática con empleo de las TIC que puede calificarse de perversa al pretender, como parte de su discurso, imponer en el pueblo cubano la matriz de que el principal responsable de nuestras carencias y precariedades es el Gobierno Revolucionario, sin que por ello sea descartable la opción del uso de la fuerza bajo circunstancias muy específicas; para los cubanos la alternativa consiste en transformar y potenciar la Revolución, cambiando lo que deba ser cambiado en medio de un escenario interno e internacional sumamente complejo, sin que estos cambios nieguen las esencias sobre las cuales se han basado el consenso, la capacidad de resistencia y desarrollo de la Revolución Cubana en su enfrentamiento al imperio más grande de la Historia.

### **Referencias bibliográficas**

Alzugaray, C. (2004). II Seminario Internacional “Problemas globales que afectan la seguridad de la humanidad”. La Habana, Centro de Estudios de Información para la Defensa.

Arboleya, J. (2005). “La revolución del futuro”, en *Pensar a contracorriente I*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.

\_\_\_\_\_ (2008). *La Revolución del otro mundo. Un análisis histórico de la Revolución Cubana*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.

Baez, I.; Elizalde, R.M. (2003). *Los disidentes*. La Habana, Editora Política.

BBC (2022). “Cuba-EE.UU.: el gobierno de Biden flexibiliza su política hacia la isla y deshace medidas adoptadas por Trump”. *Redacción BBC News Mundo*, 17 de mayo.

<https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-61474637>

Borón, A. (2000). “Quince años después: democracia e injusticia en la historia reciente de América Latina”, en *Tras el búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica de Argentina, S.A.

Brooks, D y Cason, D. (2023). “Chocan posturas en Washington por el incondicional apoyo a Tel Aviv”, en *La Jornada*, 15 de noviembre.

<https://www.jornada.com.mx/noticia/2023/11/15/mundo/chocan-posturas-en-washington-por-el-incondicional-apoyo-a-tel-aviv-5677>

Cabañas Rodríguez, J. R. (2021). *Anuncios del 17 de diciembre de 2014 en La Habana y Washington D.C. Antecedentes y proceso negociador posterior*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.

Capote, R. (2021). "Que no se vea a los que realmente están haciendo el trabajo", en: Gómez Sánchez, J. *La dictadura del algoritmo. Entrevistas y artículos sobre redes sociales y guerra mediática en Cuba*. La Habana, Ocean Sur.

Colectivo de Política Actual (1990). *Escudo cubano. Enérgica respuesta del pueblo a maniobras militares de Estados Unidos*. La Habana, Editora Política.

Cubadebate (2024). "Luz verde para un nuevo paquete de 61 000 millones de dólares de ayuda militar a Ucrania". 24 de abril

<http://www.cubadebate.cu/noticias/2024/04/24/luz-verde-para-nuevo-paquete-de-61-000-millones-de-dolares-de-ayuda-militar-a-ucrania/>

\_\_\_\_\_. "Tensión y arrestos: Protestas propalestinas se extienden por universidades de Estados Unidos en medio de graduaciones". 5 de mayo.

<http://www.cubadebate.cu/noticias/2024/05/05/tension-y-arrestos-protestas-propalestinas-se-extienden-por-universidades-de-estados-unidos-en-medio-de-graduaciones/>

Díaz-Canel Bermúdez, M. (2020). "Discurso pronunciado por Miguel Mario Díaz-Canel Bermúdez, Presidente de la República de Cuba, en la clausura del V Período Ordinario de Sesiones de la IX Legislatura de la Asamblea Nacional del Poder Popular, en el Palacio de las Convenciones, el 28 de octubre de 2020, Año 62 de la Revolución". *Granma*, Año 56, N. 259, 29 de octubre.

Gardner, A. (1994). "La política exterior de la administración Clinton", en *Política Exterior*. Madrid, vol. VIII, no. 38.

González Morales, R. (2022). *Estados Unidos y el caos electoral. Crisis, pandemia y política exterior de Biden*. La Habana, Ocean Sur.

González Santamaría, A. E. (2021). *La ciudad en la colina ¿Será Estados Unidos?* La Habana, Ocean Sur.

*Granma* (2017). *Declaración Conjunta de los gobiernos de Cuba y Estados Unidos*. La Habana, 12 de enero.

Hernández Martínez, J. (2020). "Elecciones en EE.UU.: luces y sombras", en *Granma*, 16 de noviembre.

<http://www.granma.cu/mundo/2020-12-16/elecciones-en-eeuu-luces-y-sombras-16-12-2020-01-12-51>

Leogrande, W.; Kornbluh, P. (2016). *Diplomacia encubierta con Cuba. Historia de las negociaciones secretas entre Washington y La Habana*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.

MINREX (2019). "Informe de Cuba contra el bloqueo en el período junio 2018 a julio 2019 sobre la Resolución 73/8 de la Asamblea General de la ONU "Necesidad de poner fin al bloqueo económico, comercial y financiero impuesto por los Estados Unidos de América contra Cuba". La Habana, Ministerio de Relaciones Exteriores.

\_\_\_\_\_ (2024). "EEUU mantiene falta de voluntad de cambiar su política hacia Cuba". Washington, [Like Button Notice \(view\)](#), 9 de marzo.

<https://cubaminrex.cu/es/eeuu-mantiene-falta-de-voluntad-de-cambiar-su-politica-hacia-cuba>

Moniz Bandeira, L.A. (2010). *La formación del Imperio Americano. De la guerra contra España a la guerra en Irak*. La Habana, Fondo Editorial Casa de las Américas.

Obama, B. (2007). "Renovar el liderazgo", en *Política Exterior*. Madrid, Vol. XII, No. 188, Julio/Agosto.

Ramonet, I. (2006). *Propagandas silenciosas. Masas, televisión y cine*. La Habana, Fondo Cultural del ALBA.

Rivera, J. C. (1990). "Cuando se rompe el cristal", en *Verde Olivo*. Órgano de las FAR, abril de 1990.

Sánchez Parodi, R. (2011). *Cuba-USA. Diez tiempos de una relación*. La Habana, Ocean Sur.

Wikipedia (2024). "Guerra de Irak". *Wikipedia*, la enciclopedia libre. Consultada entre 2009-2024.

[https://es.wikipedia.org/wiki/Guerra\\_de\\_Irak](https://es.wikipedia.org/wiki/Guerra_de_Irak)

Zubizarreta Arias, J. (2022). "Revoluciones de colores: ni espontaneas, ni casuales", en *¿Qué ha pasado en Cuba. Jóvenes opinan a partir de los sucesos del 11 y 12 de julio de 2021*. La Habana, Ocean Sur.